

EVOLUCION

Cartagena 15 de Mayo de 1909

SUSCRIPCIÓN

Cartagena, un mes. 0'25 ptas.

Provincias, trimestre. 1'00

No serán devueltos los originales
Se publica los días 15 y 30 de cada mes

Sumario

Analfabetismo.—Juan B. Puig.
El Puente Colgante.—Salvador Rueda.
Santa Ceresa de Jesús.—F. Navarro Ledesma.
Inmunda harto.—P. Martínez Moreno.
Educación cieles.—José Fábregas.
Sección de Estudios pedagógicos.
Sección oficial.

Analfabetismo

A todo aquel que no lea letras ó que no garabatee su firma, se le llama analfabeto. Y se tiene por analfabetismo á la falta de instrucción rudimentaria. Se confunde aquí también la cultura, con uno de los medios de adquirirla. Hay analfabetos muy instruidos y pseudo instruidos que son totalmente analfabetos. Toda la ciencia de la vida no está en los libros y se aprende más ciencia en la vida misma que en lo que se llama el saber que se pone entre tapas. Leer y escribir no es malo cuando está percatado uno para qué sirven; cuando no se tiene noción del fin utilitario á que se destinan la lectura y la escritura son una ocupación mecánica como otra cualquiera. Entre leer de prisa y bien cosas superfluas y no saber leer, pero buscar que le lean á uno cosas útiles, es mejor lo segundo. Entre hacer buena letra sin más fin que la bella pintura de trazos y tener que buscar quien nos escriba los documentos que sepamos redactar yendo derechos al bulto, es preferible también lo segundo. La lectura y la escritura son medios plásticos; su virtualidad está en la dirección que sepa darles el espíritu. Los analfabetos no hay que contarlos por el número de los que no leen ni escriben, sino por el de los que saben vivir y saben por qué y para qué viven. Quien no sepa vivir, aunque aprenda de memoria treinta veces una aritmética, no sabrá para qué le sirve; en cambio, el que esté percatado de la vida calculará, mentalmente también ó mejor que cualquier matemático. Un buen sociólogo y un buen químico, aunque no sepan leer, valen más y son más útiles así y á sus semejantes que cien recitadores y que mil calígrafos. Esa tendencia de concepto del analfabetismo conduce al fomento de declamadores y de pendolistas. Si no se quiere hacer de los hombre eso, préstese menos valor á la forma, al medio, y valórese en más

la esencia de lo que el leer y escribir representan. La lectura no es los signos, si no su sentido, la escritura no es los trazos, sino su alma; la música no es la nota, sino su sentimiento. Pero lectura, escritura, música, sirven para algo, ese algo de vivir. Pues quien los aplique á la vida mejor, sabe más, y quien sin sabe más, y quien sin saber de eso vaya al mismo fin por otros medios, es tan instruido como otro cualquiera. En cada población hay ejemplos de un hombre por lo menos que no sabe leer y que no firma tampoco, y que sin embargo es una patente ilustración del pueblo. Se le reconoce habilidad en el cálculo mental, dón de gentes, idoneidad para hacer contratos, intuición de hacendistas, buen sociólogo, posición, afabilidad ingénu... En cambio, en cada pueblo hay también por lo menos un ilustrado que habla de Prehistoria, de hematitis, de los cuernos de la luna, que esta ensoberbecido y que se muere de hambre. Aquél es una hormiga, éste un parásito; el uno sabe mucha letra menuda, el otro no sabe leer en el abecedario de la vida. ¿Recuerda el lector al bohemio del arte? Ese bohemio, en medio de su desdicha, es simpático, porque vive con poco y no parasitea. Los otros bohemios, lo somos los más, que crean la mala educación y la mala educación y la torpe enseñanza, somos unos desdichados. Mucho saber pero tenemos que pedir prestado, si queremos comer, á los que nos fían de la virgen del saber con tapas y corren. Hasta que la Pedagogía no se llame Mundología (en el buen sentido, es claro), no estará la humanidad redimida. Prebemos una cosa; compremos diez millones de carteles de lectura; reclútense temporalmente cien mil maestros de deletreo y de garabateo, y cuando ya en el padrón nacional nadie ponga que no lee y que no escribe, dígasenos que habra ganado España. Cese en cambio esta Pedagogía de chicharras, hágase de cada español una hormiga, y cuando todos tengamos el granero lleno ya se vera como procuramos por el espíritu y creamos aquí las Universidades americanas. ¿Sabe ya el lector lo que es analfabetismo?

Juan Bautista Puig.

EL PUENTE COLGANTE

Fué en sueños. Era un puente magnífico y colgante que sobre el haz amplísimo del agua hecha serpientes, tendía en línea inmensa su sombra emocionante hecha con cuerdas bárbaras de hierros resistentes.

Suspensas en los aires, tramaban vigorosas con firmes barandales, y cruces, y tejidos, el gran columpio trágico de bases poderosas, á las que en mil cadenas quedábase prendido.

Haciéndose jirones, el viento atravesaba las láminas del hierro prendidas en encaje, y el puente, ó arpa, ó lira, rotundo preludiaba un canto prodigioso de un ímpetu salvaje.

Por medio de pagodas, palacios, templos, vías, abríase en dos márgenes el gran río sonoro, formando dos ciudades de agudas cresterías que el Sol empavonaba cual dos ciudades de oro.

Volvían los ejércitos trayendo en las espadas chispazos victoriosos y luces altaneras, insignias con laureles de triunfo coronadas y un haz grandioso y libre de impávidas banderas.

Llenaban los espacios las bandas que tejían con notas de entusiasmo motivos militares, y en regios miradores flotando, parecían los miles de pañuelos hervores de los mares.

Entraban en el puente garridos batallones, bizarras compañías, compactos regimientos, y la tremenda comba de férreos eslabones cual mecedor de ciclopes cimbrábase en los vientos.

Y aquella hamaca horrisona de tramos vigorosos, todo un glorioso ejército de punta á punta alzaba; y como en cuna enorme ó en lecho de colosos, cien mil hombres á un tiempo prendía y columpiaba.

Cual una gran serpiente, abajo el torvo río la presa del ejército miraba resbalando, como una aciaga boa de inmenso poderío que bajo el Sol se extiende la víctima acechando.

Pasaban las banderas del plomo desgarradas, los trajes hechos trizas, bollados los cañones, las caras y las manos de rojo ensangrentadas, las bocas denegridas por ciegas maldiciones.

Ahitos de saqueo, ya un templo profanaron, ya de impecable vírgenes hirieron el decoro, de ancianos y de niños los cuellos cercenaron, y el himno de la muerte sonó cual ebrio coro.

Pasaban entre vivas y ráfagas de gloria, borrachos de ignominias como un tropel de males, ¡porque eso es un ejército que alumbraba la victoria, una infinita cuerda de atroces criminales!

Y sobre aquel desfile de bestias embriagadas con sangre del vencido, caían á torrentes laureles y palomas de plumas no manchadas; para las armas, rosas, y luz, para las frentes.

¡Cuando alzaré un patíbulo tu mano justiciera ¡oh Dios! tan grande y amplio que en él penetre á mares todo un triunfal ejército que estrangulado muera en un dogal que abarque los cuellos por millares!

El torvo río acecha cual boa al Sol tendida, como serpiente enorme de anillos fabulosos, mientras la hamaca inmensa se comba sacudida por el tropel de invictos soldados victoriosos.

Verdoso eriza el río sus trémulas escamas, se anilla y desenrosca lo mismo que en un juego, y desencaja horrible su gran ojo de llamas que el Sol finge en su fondo como un disco de fuego,

De pronto, cruje el recio columpio en las alturas, se rompe la gran comba de láminas fatales, y entre el zumbido inmenso de un mundo de locuras, saltan, rasgando el cielo, los férreos barandales.

Y la balumba ciega de espantos y de horrores baja á la boa bíblica que la sepulta horrenda, en tanto puñalean los vientos los clamores y el suelo cruje y zumba con la emoción tremenda.

¡Oh, río de venganzas, que truecas las fortunas; ahoga los ejércitos triunfantes y vencidos, forma de las espadas ruedas para las cunas, saca de los cañones calor para los niños!

Cruza de las naciones las rígidas barreras en el zigzag sublime que entre los hombres trazas, y escupe, arrolla y rompe los miles de banderas que son deshonra y reto que arrójanse las razas.

Salvador Rueda.